

# León de Greiff:

## poeta, prosista, viajero

Escribe: HUMBERTO JARAMILLO ANGEL

### I—POETA EN VERSO

*Voz de flauta pasional  
vibra en la caña de cristal...*

Siendo de fines del siglo XIX, las palabras de Verlaine, no son, sin embargo, viejas. Ni anticuadas. Ni, acaso, carentes de vigencia y de estética: “Coge a la elocuencia y retuércela el pescuezo”. Esto decía el infeliz enfermo. Hoy, en los dominios de la poesía, ya no es, tan sólo, a la elocuencia a la que los nuevos reformistas del Arte y la Belleza han de mandar a retorcerle el “pescuezo”: es, también, si se quiere, a la música, a la pintura, al lirismo, al sentimiento y, ante todo, a la claridad y al buen gusto, por añadidura.

Los nuevos maestros, tanto de la crítica como del verso y de la prosa, están diciendo, como en la página del afrancesado cronista —príncipe de los cronistas— nada de dúos. Nada de romanzas. Nada de odas. El ritmo mismo, el viejo ritmo melodioso e insidioso, debe abolirse en la literatura. Y es el mismo escritor de crónicas el que agrega, al hablar de los poetas franceses de la nueva generación:

“...La poesía de Samain, como la del Pauvre Lelian, como la de Paul Valery, como la de Claudel, hacen reír a los que pueblan el Parnaso de nuestra época. Los precursores no son ni Baudelaire, ni Moreas, sino Lautreamont, Laforgue, Toulet y Apollinaire”.

Ya no eran, así, los precursores, ni Baudelaire y Mallarmé. Ni el griego Moreas. Su reino ya no estaba en Francia. No estaba en París. No estaba, sin duda, en parte alguna de la tierra. De la poesía. Del Arte y la Belleza. Sí. Pero, no obstante... No obstante, jamás mueren ni *Las flores del mal* ni los amargos poemas en donde Mallarmé, llamando al sin ventura Orestes, clama, quizás bajo el más atroz de los sufrimientos humanos, para que no tarde en llegar, a su huerto de melancolía, un suave viento azul de primavera. Mallarmé y Baudelaire, pese a los nuevos epígonos de la cara Lutecia del ayer, están vivos. Y cantan.

Y vivo está, entre nosotros, León de Greiff. Está viva toda su arcaica, fina, oscura, dinámica, excelsa, purísima, fragante, musical y algebraica poesía apasionante, armoniosa y apasionada, tal la sabia y confusa y apasionante y apasionada poesía de Charles Baudelaire, de Moreas y Mallarmé. Poeta, de Greiff viviente desde su primera "favila" hasta su postrer relato de Guillaume de Lorges, el acontista, el que solía divertirse haciendo lentos disparos al aire. El que revendía bulas o el que tañía el bronco y sordo laúd sinfónico:

*También he sido juglar de los mesones.*

*Revendedor de bulas.*

*Tañedor de laúd.*

*Y tragador de fuego y engullidor de sables.*

*Y bufón en las ferias.*

Está vivo el viejo Sigfrido o el viejo Wagner bebedor de absintios. El Odiseo fumador de pipas. El Orfeo buscador de puertos. Dispensador de sueños. Jugador de noches. Trotamundos de noches. Avaluador de noches y testamentario, pródigo testamentario, de hondas noches, de pávidas noches o de enfermizas noches repartidas "en rútilas monedas" lo mismo entre quienes viajan con Simbad que entre quienes viajan con el Cid. El poeta, cantor eufórico de la triste noche. O de la alegre noche:

*La Noche, la multiforme Noche, la Noche, Ella venía!*  
*la Noche, de medúsea melena saturada de lustral veneno!*  
*la Noche, de ojos bravos flameantes.*

Está vivo, en su total poesía, el sitibundo Arconte, el sitibundo Adán, el sitibundo Pan, el sitibundo Manfredo o el sitibundo Poe, testamentario, al mismo tiempo que de hondas y frías, o de hondas y tórridas, de calurosas noches tórridas, de lunáticos naufragios o de equidistantes islas. De islas que no han visto, seguro, el mar. O de naufragios que sí vieron las verdes islas, las negras islas, las plumizas islas, las grises islas o las blancas islas de Robinson Crusoe. Islas y navíos. Los navíos, todos los vagarosos navíos que partieron, tal vez sin rumbo fijo, ante la lluviosa mirada inútil del sin remedio anclado poeta de los confusos relatos y de las acompasadas favilas confusas:

*Ayer zarparon todos los navíos.  
No sobró ni un mal leño para el viaje.  
¡Quéda contigo mismo iluso prófugo  
fallido, en tu prisión ineludible!  
Ayer zarparon todos los navíos  
No sobró ni un mal leño para el viaje.*

Vivo, el poeta León de Greiff, en todo. Y en toda su total poesía. En la noche. Ya lo vimos. Y en el día azul. Porque el día azul también es Pan. O es Odiseo. O es Adán. O es un sumo Arconte. O es el sumo Wagner. O es el sumo —único y sumo— Sigfrido. O es el sumo y delirante Poe, con Baudelaire y con Mallarmé, con Moreas o con Rubén, el inefable Rubén universal, haciéndole franca y habitual compañía romántica:

*No es en vano azul el día:  
—para albergar el odio,  
¡azul, azul el día y rutilante!  
¡azul, azul el día y henchido de alegría!*

O, algo, empero, con mayores impulsos para el vuelo, la música y el vuelo, como solía aconsejar el orgulloso Goethe:

*No solo azul, de sonos  
jubilosos, de cánticos lustrales,  
y de eufóricos himnos y serenos,  
grávido: ¡azul, azul y ubérrimo de dones!*

En el día y en la noche. Pero, de igual modo, en el Amor. Enamorado y loco de Greiff. Loco Leo le Gris. Loco el fáustico

Gaspar. Loco el esquivo Erik Fjordsson. Loco el ebrio Claudio Monteflavo. Loco el navegante y proteico Sergio Stepansky. Loco Diego de Estúñiga y loco, por siempre loco, el manso o el furioso, el altivo o el humilde Matías Aldecoa. Loco lo mismo en el primer mórbido relato que en el último danzarino relato, en dulce do de fantasía:

*Si la ilusión boga o cabalga  
o si lo práctico anda a pie,  
si Frinea enseñanos la nalga,  
si al descontrato oscula Salomé,  
si del techo Canopo se desgarga,  
si el Mecrococosmos hiede a no sé qué...  
lo mismo dá, voto a mi fé...!  
valga la pena o no la valga,  
parlar es grato en el Café.*

Todo es poesía viva. Viviente poesía de ayer. De hoy. De mañana y de cuando ya el hombre viva, de lleno, en la luna. Poesía de León de Greiff. Poesía que no ha muerto. Que no muere. Y que canta —como en los huertos húmedos canta el ebrio ruisenior— por el solo hecho, la sola razón, de que el poeta, para lo que de veras nació en la tierra, en la vana tierra, fue, apenas, para cantar. Y canta, León de Greiff, su canción audaz y lenta. Su canción rápida y audaz. Su canción que no cesa:

*¿No está en tu cuerpo toda la lujuria?  
y en tus claros ojos y en tu boca fresca?  
Vestida de hielos, te veo desnuda...  
Como una bacante me abrazas y besas...  
Cuando hablas o ríes se acalla la Música...  
Como tú caminas Salomé danzára...  
¿No está en tu cuerpo toda la locura?*

Siendo, en efecto, de fines del siglo XIX las palabras de Verlaine, no son, sin embargo, viejas. Pero si son, cuando de hablar de la verdadera poesía ha de tratarse, vanas. Nada importa, para que lo sean en realidad, que las hubiera escrito, en París, Paul Verlaine. No podrá, nunca, sin que para ello haya que pedirle permiso al Arte y la Belleza, torcérsese el “pescuezo” a la elocuencia. Poesía que no es elocuente no será, jamás

poesía. La poesía del maestro León de Greiff, pese a su abundancia de difíciles símbolos, es hermosa poesía elocuente.

## II—POETA EN PROSA

*“Cincelador de tu “Yo” minúsculo, diminuto, imperceptible, exiguo, incomprensible, absurdo, truculento, abismal”. L. de G.*

“Ese rumor polifónico de marea que sube de sus versos”, sube, también, en la obra de León de Greiff, de sus trabajos en prosa. Sube la poesía. Como en la de Azorín, la de Proust, o como en la de Gide, en la prosa de León se ve subir, siempre, un humo azul de poesía. En los *Pequeños poemas en prosa*, de Baudelaire, existe tanta poesía, o más, si se quiere, que en ese jardín de Hespérides enfermas que son *Las flores del mal*. Jiménez, en *Platero y yo*, resulta un poeta tan altísimo como en cualquiera de sus varios libros de poemas en verso. *Eternidades*, por ejemplo.

No ha sido, la obra en prosa del maestro León de Greiff, abundante. Pocas páginas. *En Prosas de Gaspar* —primera suite— pueden leerse 24 relatos por cada uno de los que pasa, como Ulises en busca de lontanos mares, no un poeta en vana función de “tañedor de laúd”, sino un clásico en pos de los remotos paraísos del Arte y la Belleza. Un poeta que está hablando, un lenguaje poético, en fina, alada, atormentada, desgarrada, macerada prosa moderna. Prosa, a veces, de laberinto. Casi sin posible salida hacia los valles del sol. Casi sin legibles horizontes urbanos. Casi sin ramas para ser aprendida. Casi sin puntos de contacto con las manos. Prosa que huye. Que se va. Que no parece tener deseos de tornar, de estar en compañía del hombre. Prosa en marcha. Siempre en marcha. Huyendo:

“... ¡Ah, las jamás catadas elaciones nacidas del silencio! ¡Las sortílegas músicas que la soledad acondiciona! Y la frescura espiritual que la aridez depara: función de callado embeleso, inebriante acinesia de extático y eufórico regusto”.

Todo nacido, de pronto, en de Greiff, del silencio. De la bruma existente en algún perdido país de fábula. Prosa nacida del imaginario país barroco, encantado, feérico, del que éste

hombre de genio fuera, aún, ciudadano. O del que hubiera sido, en otro ayer, único habitante. Como Simbad en sus mares. O como Robinson Crusoe en su desierta isla, aromada de pródidas palmeras y de dátiles ubérrimos. Una prosa retorcida. Sin luz aparente del amanecer. Sin luz del crepúsculo. Difícil de apurar, de un solo sorbo, a la rala mente del vulgo:

“... Y en el cafetín, en el cafetín conocía a Matías —Matías Aldecoa— bardo inédito por esos idus más que hoy: charla-dor infatigable como infatigable rimador de fantasías humorísticas y burlescas, y famoso fabricante de humo de su pipa y de su caletre; domeñador fervoroso y buen amigo de Baco, el de las viñas”.

Prosa, no muy abundante, retorcida pero llena, para quien sepa gustarla, de honda y alta claridad de diamante. Prosa, toda ella, de diamante puro. Limpio diamante. Acariciante diamante. Trabajado diamante sin ataduras a la rota piedra del carbón. Prosa que conduce, al buen lector erudito, a bellos países, bellas islas, bellos jardines, bellos mares y bellos —¡tan bellos!— paraísos de ensueños y quimeras. No es prosa, sin embargo, para ser leída en lugares distintos al discreto ámbito de la biblioteca, en el augusto silencio de la noche o bajo la quieta cortina de la tarde, en la muriente vislumbre del crepúsculo.

En *Prosas de Gaspar* —libro publicado en el año 1937— León de Greiff cuenta su Vida y la Vida —andante y bohemia Vida— de todos sus otros “yo” literarios. Muchos de estos trabajos son verídicas historias. Autobiografía. Itinerarios suyos. Idas y regresos. Anécdotas felices. Burlas terribles. Ironías de sangre. Gritos en la noche lúgubre. Sarcasmos. Relatos de la noche sentimental. Del ir a la oscura tahona. De fumar pipa. De viajar sin viajar o de partir sin partir. El poeta solo. “Solo y en la oscuridad. Absolutamente solo, sin un deseo; en vano”. Pero no en vano: todo el libro, en su densa prosa amarga y dulce, a un mismo tiempo, fue escrito, como el Zaratustra de Nietzsche, para enseñarle, a los hombres de buena voluntad, un camino...

“Ese rumor polifónico —como lo ha escrito Lino Gil Jaramillo— de marea que sube de sus versos”, sube, también, en la obra de León de Greiff, de sus trabajos en prosa. Y sube,

como en el desesperado canto de Ducasse o en la hiriente serenata de Schubert, lo mismo que si se tratara, para beneficio del Arte y la Belleza, del mágico relato de Stepansky:

*Juego mi vida, cambio mi vida  
de todos modos  
la llevo perdida.*

### III—VIAJERO DE LONTANOS PAISES

“Desgraciado del que no sabe ver con ojos sinceros los bellos paisajes”. E. G. C.

Existen, aún, poetas, escritores y artistas que quisieran viajar a Roma para danzar, desnudos, frente al tabernáculo silencioso de un viejo templo o para besar la tierra que pisaron Byron, Keats y Schelley. La Belleza, para ellos, no está, tan solo, en la sensación que el peregrino experimenta al bajar de un avión, de un tren, de un barco, de una tarda diligencia o del lomo de un paciente camello del desierto.

León de Greiff es uno de tales poetas. En efecto. Como en el extraño personaje de la novela francesa, y a la manera en que lo habría hecho Porfirio, según un excelente biógrafo de Barba, de Greiff, pese a su ya larga edad, todavía sería capaz de danzar, desnudo, frente a un tabernáculo, un jardín de tirsos en invierno o un antiguo castillo en abandono. Tal la ebriedad del poeta, por ejemplo, al llegar, un día, a Pekín, a París, a Moscú, a Lima o a Sevilla.

¡Qué grata sensación la que producen, siempre los viajes! ¡Todos los viajes! Quien parte, una mañana, de su solar nativo no es, sin embargo, el mismo que torna, una noche de hastío, a su casa. Es otro. Acaso fue un oscuro filósofo pesimista quien lo dijo: “el que se va no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro que casi es el mismo, pero que no es el mismo”. Es que cualquier viaje, así se trate de un simple viaje, como el de José de Maistre, por el reducido mundo de la propia alcoba familiar, le sirve, a quien tenga ojos para ver, oídos para oír, olfato para oler y extremidades para tocar, para muchas y muy importantes experiencias estéticas.

Stendhal, luego de sus peregrinajes por toda Italia, al volver a Francia, no se reconoció igual al que había partido, en pos de ensueños, casi en plena feliz juventud, hacia la diadema-cidad de las siete colinas y las dóricas columnas. Rousseau, de igual modo, al tornar ebrio de misteriosos deseos, a su casa, ginebrina, no quiso pensar que fuera el mismo ansioso filósofo que había partido. Todo gran viajero ha de traer, cuando pise, de nuevo, el dintel de su hogar, no el polvo de todos los caminos sino el ansia renovada de no quedarse anclado, jamás. Hay que ver, muchas veces, el mar Indico como lo vio Zaratustra.

El maestro León de Greiff —¡Oh, repetida paradoja de los grandes poetas!— lo que no hizo, en sus años mozos, hízolo en plena deslumbrante y deslumbrada madurez: viajar. Viajar mucho. Viajar por lejanos países, por lejanos mares, por lejanos puertos y por lejanas ciudades de mitos, de leyendas, de arcaicas costumbres o de fabulosas y arcaicas religiones inútiles, abolidas, ya, o a punto de ser abolidas tras el paso transformador y libertario de la ciencia o la violenta evolución humana. Viajero, como el ardiente vizconde, hecho, en su anhelante corazón, de positivas experiencias.

Raro destino, en verdad, éste del poeta León de Greiff. Hasta temprana edad, oyendo correr el viento de los valles o las sierras antioqueñas, apenas tuvo suerte para mirar ríos comarcanos, paisajes fluviales, adustas montañas, quietos caseríos, verdes huertos, altas nubes o encendidos crepúsculos, en el manso Aburrá.

Luego no fueron sitios de Bolombolo o del Cauca sino atardeceres grises en la brumosa sabana de Bogotá. Fue el propio ambiente gris de Bogotá. En un poema suyo, una cancioncilla, cuasi un desdeñoso grito, parece ironizar su estático destino de entonces. De Greiff, seguro, había sentido, sin duda, que tenía alas y que las alas, de pronto, a los poetas, también han de servirles para volar. Y Matías Aldecoa, Sergio Stepansky, Leo le Gris, Gaspar de la noche o el sapientísimo Bojislao perepatético, abrió las alas. Y voló.

Y fue ahora —cuando ya los años le están marcando una natural pauta a su noble estampa de recio vikingo o de anclado nauta en el mar de Odiseo— en estos últimos diez años de su longevo vivir fructífero cuando la suerte vino a cambiar el len-

to rumbo de sus barrocas naves de singular poeta. Las alas —las mismas alas que a Icaro le sirvieron, en el canto de Baudelaire, para librarse de morir sacrificado, inútilmente, en la tierra— le fueron ligeras para alzar el vuelo hacia latitudes inúmeras.

León viaja a Estocolmo. Y vio, durante el azul periplo, costas, ciudades, lagos, playas, rascacielos, puentes, valles insomnes y nevadas cumbres del Norte. A Estocolmo fue como que si el poeta, apenas, hubiera regresado. Fue el regreso de la sangre. El regreso a la perdida patria del abuelo. En esta ciudad vivió varios años. Y vio, en ella, todo: mujeres hermosas, poetas, marineros, bibliotecas, museos, bares del puerto, regios jardines, tibias alcobas y confusas tabernas para uso exclusivo de artistas, de bohemios y de extrañas gentes, descarriadas y locas.

La vida en Estocolmo le permitió, a León de Greiff, ir a numerosos sitios, países y ciudades. Estuvo, como Pablo Neruda, en Moscú. Y en Pekín. Y en Roma. Y en Budapest. Y en Berlín. Y en Ginebra. Y en París, Y en Madrid. Y en Berna. Y en Lisboa. Y en no sé, yo, cuántas otras latitudes, puertos, aldeas, villas, y ciudades más. Viajó, el poeta, mucho. Una tarde de otoño, acaso, estando en algún umbrío parque moscovita, recordó, como sin deseos de recordar, de su relato de Sergio Stepansky. Quizás tuvo necesidad de repetirse, como la cosa más natural de la tierra, algunos de sus rotundos y contradictorios versos modernos:

*La juego contra uno o contra todos,  
la juego contra el cero o contra el infinito,  
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito,  
en una encrucijada, en una barricada, en un motín;  
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin.*

Pero no quiso contentarse, tan sólo, con ver, oír, sentir, palpar, oler y gustar. No. La vida, lejos de la patria, tiene multitud de plácidos mirajes. Y muchos caminos. Se le abren, al hombre de mundo, infinidad de caminos. A León, ante todo, en Europa, en toda Europa, se le abrieron largos caminos. Unos de aquellos caminos conducían a Venecia. Otros a Estalingrado. Otros a Brujas. Otros a Praga, y, los más, a donde tenían

que conducir era a Moscú o a Pekín. León, como quien cumple un rito, con la inteligencia y con la sangre, viajó a Pekín y a Moscú.

Viajando, así, de Estocolmo a Varsovia y de Varsovia a Berlín, un día, entre los días, el maestro de *Variaciones alrededor de nada*, se vio precisado a volver a la patria. Quiso, antes de emprender el regreso, volver a ver a París. Vivir, por unas semanas más, la vida bohemia del Barrio Latino, de Momparnasse, de los Puentes del Sena, del Museo del Louvre, de los Campos Elíseos, de la Torre Eiffel y, ante todo, de la discreta y dulce casita de Mimí Pinsson, aquella tísica y complaciente Mimí Pinsson semejante, en todo, a la enfermiza Mimí Pinsson de Alfredo de Musset.

Viajó mucho, por Europa, el poeta. Luego su destino habría de llevarlo, en compañía de Jorge Zalamea, a Cuba. En La Habana, León, habría de asistir a un homenaje en donde el encargado del discurso de fondo, en su honor, sería el gran poeta Nicolás Guillén. De paso para La Habana, León volvió a ver a México. Y lo vio como antes había visto a Lima, a Caracas, a Quito, a Buenos Aires, a Río de Janeiro o a la lacustre Montevideo. De todas esas remotas distancias, de Greiff se trajo, en las azules pupilas de vikingo, paisajes, paisajes y paisajes.

Pero, ¡ay! de todos estos viajes, al regresar de tan lejanas tierras, el maestro no encontró, nunca —como tampoco lo encontró el viejo peregrino de *Las mil noches y una noche*—, el buen hermano que, al darle mil sequíes, le aconsejara comprar, con esos sequíes, camellos y no viajar más.

¡Ah, es que no existen, para poeta de la estatura universal de León de Greiff, a veces, ricos visires que puedan obsequiarle, al regresar de remotos países, un solo denario o una sola capa para cubrir la desnudez de sus hombros!